

Jaroslav Iwaszkiewicz (*)

Oda primera (**)

PARA LA APERTURA DE LA XIV OLIMPIADA



H centellante, ciudad coronada de violetas,
Atenas glorificada en los cantos, sostén de
la Hélade, ciudad poblada de espíritus»

de pie hacia el mediodía y contemplando en el mar
la multitud de tus velas blancas, como una pradera
cubierta de alas de mariposas,

(*) *N. de la R.*—Jaroslav Iwaszkiewicz celebró recientemente en Polonia el sesenta aniversario de su nacimiento y los cuarenta años de actividad literaria, rodeado de la admiración y cariño de todo su pueblo. Hace un año visitó Santiago con motivo del Congreso Continental de la Cultura, y numerosos amigos suyos chilenos lo han recordado con motivo de su doble cumpleaños.

Iwaszkiewicz —que es primo de Joseph Conrad, el escritor de los mares del sur, y pariente también de Karol Szymanowsky, después de Chopin, el más grande compositor polaco— tiene una larga y gloriosa carrera literaria: ha escrito poemas, novelas, cuentos, ensayos, obras dramáticas. Es actualmente vicepresidente de la Unión de Escritores Polacos, diputado al Congreso Nacional y presidente del Movimiento de Partidarios de la Paz de Polonia.

Es, además, uno de los principales traductores de los poemas de Neruda, al polaco, siendo de este modo las manos tendidas de los dos poetas, uno de los más hermosos vínculos de unión entre nuestra tierra y la patria de Mickiewicz y Chopin.

El poema que publicamos hoy pertenece a su libro *Odas Olímpicas*.

(**) Traducción de Pablo Neruda.

colinas de violetas olorosas a tomillo y a trébol,
en las que se elevan rosados y dorados templos.

Oh capital de plateado rostro, que mira por las
órbitas de los templos en ruinas

hacia los abismos estelares en donde los inmortales
dioses en soledad habitan...

Oh ciudad ceñida de jacintos, ciudad poblada por
tantos espíritus.

¿En dónde están ahora? Pericles y Sócrates y Fe-
dra, ¿vagan aún por tus calles?

Y el sagrado fuego olímpico, ¿cuál de tus hijos ha
de encenderlo hoy, ciudad resplandeciente, ciudad co-
ronada de violetas?

Yo me inclino sobre los abismos del mundo y
escucho aun los ecos del Olimpo y de Olimpia,

si no se escuchan los pasos de quien en la llama de
Febo lleva la antorcha encendida,

que ha nacido como una zarza ardiente en el patio
del templo, negro del humo de las tempestades,

si no se ve pasar la antorcha de mano en mano lle-
vando el sagrado fuego por las praderas y los campos,

por los fecundos campos del Save y del Drave, por las llanuras pródigas en el dorado maíz del Danubio,

por los Cárpatos que se elevan hacia el cielo como los bastiones del norte, o por Viena, la imperial, sacra dentro de su círculo fortificado?

Si sobre el Danubio de sombrías aguas soberbias no se desliza su inmortal centella?

Si la antorcha de sangre real no vuela, saltando de mano en mano?

Manos, manos de los hombres,
empuñáis vosotras la inflamada resina?

Manos, manos de los hombres,
lleváis vosotras la olímpica antorcha?

Manos de los jóvenes, aptas para tender el arco e izar las banderas de colores en los esbeltos mástiles,

manos de los muchachos que estrecháis las manos de vuestros hermanos y de vuestros amigos,

manos de los hombres que sujetáis el cetro y las insignias del mando,

manos de los hombres arrancadas al arado,

manos pequeñas y grandes, endurecidas por el trabajo, manos dulces y parecidas a las manos del Apolo de Delfos,

y parecidas a las manos del Marte de la villa Ludovisi,

y parecidas a las manos de mi hermano el minero,

¿por qué os escondéis en la sombra avergonzadas, por qué os recubris de hojas, de ropas, de papeles, del crepúsculo, de la noche, del abismo,

dónde os escondéis, manos fraternales, qué guantes de corteza recubren vuestros dedos?

por qué se debilita la presión de vuestra palma?

por qué no os apoderáis de las antorchas olímpicas?

por qué habéis retrocedido hasta el fondo de la noche del más allá?

Yo, yo lo sé:

es la sangre que coaguló entre vuestros dedos como un guante de hierro,

es la sangre que clama venganza al cielo y que humea como una hoguera,

es la sangre ennegrecida de vuestros hermanos
y de vuestras hermanas y de vuestras madres y de
vuestros padres y de vuestros abuelos,
es la sangre fraticida.

El olor de la sangre sobre la tierra se eleva, como
la nube inmensa del fuego de Caín.

El humo de los crematorios se extiende sobre la
tierra, como el de un holocausto desagradable a los
dioses

y os sofoca, os ahoga y rechaza vuestras manos
hacia la noche sin término.

Oh constelaciones sobre el mar violeta que contem-
pla con sus órbitas en ruinas el mármol de vuestros
santuarios!

Oh dulces y apacibles estrellas que habéis visto las
lágrimas de Ariadna sobre los ríos de Naxos,

vosotros que habéis visto a Dionysos en su carro
silencioso acercarse con leve ruido a la abandonada,

vosotras, que habéis visto el rapto de Europa,

vosotras, que eternamente iguales, brilláis en el firmamento más perdurables que Zeus, Ares y Afrodita,

fundidas en la niebla de la tarde sobre la ciudad coronada de violetas,

volved vuestras miradas hacia la tierra.

Mirad, miradnos, y no desviéis vuestros ojos del mar de sangre y fuego, que recubre aún con su ropaje terrible el rostro de la tierra

Mirad: he aquí que se adelantan con sus estandartes los que juraron lealtad, probidad y honor.

¿No juraron también sobre los más altos emblemas, cruces, águilas y estandartes, aquellos en quienes habías depositado vuestra fe, oh Hélade?

¿No juraron, colocando sus manos sobre escudos y ramas de encina, los que marcharon contra mi patria como a través de una selva de Birmania?

¿No juraron los que asesinaron a los niños lanzándolos a los candentes hornos, a los jóvenes, disparándoles a quemarropa, a los hombres amordazándolos con papel y yeso?

¿Puede de un mundo caído en tal horror nacer un mundo nuevo, puro, cubierto con espumas marinas,

bañado por las ondas, como Afrodita saliendo de las profundidades más sombrías?

Y he aquí que vibran los clarines y se acercan las músicas y flotan inmensas banderas en el viento.

Y he aquí que el cielo os recubre de clarísimos tonos,

jóvenes muchachos y muchachas, que eleváis las manos al cielo, no para saludar al espíritu de las tinieblas

sino para jurar

sobre todo lo que tenéis de más sagrado, salvar en vosotros el hombre y todo lo que es digno del hombre.

Tratad; tratad. Que nazca un mundo nuevo.

Las tempestades se alejarán del borde de los mares y las tierras, los truenos huirán de los vastos bosques de encina y se elevarán nuevos bosques de mástiles.

«Oh navegante de alas blancas, hija del Ida altanero»

nave del mundo, boga bajo el signo de una nueva fe.

Desplegaos bien alto en un triunfal mensaje de felicidad ¡estandartes, oh estandartes!